

EL PERIPLO ANDALUZ DEL REY AMBULANTE

Antonio J. Piqueres Díez

(A propósito del libro de Francisco Luis DÍAZ TORREJÓN, *José Napoleón I en el sur de España. Un viaje regio por Andalucía (enero-mayo 1810)*, Córdoba, Obra Social y Cultural Cajasur, 2008, 399 págs.)

Tal y como demanda cualquier celebración para ser recordada por su éxito y grandilocuencia, la conmemoración del bicentenario de la Guerra de la Independencia ha generado numerosos actos culturales y la publicación de centenares de trabajos, si bien muchos de éstos no destacan precisamente por su aportación y rigor histórico. Desvirtualizaciones políticas al margen, pues es público y notorio que toda solemnidad histórica soporta las siempre prescindibles aportaciones de la pertinaz clase política, el panorama se torna esperanzador teniendo en cuenta la lectura de algunos trabajos que, más allá de los intereses editoriales y de los pseudo especialistas que cumplen cual plañidera en todos los aniversarios con su pertinente o impertinente obra, resultan interesantes por no haber perdido la esencia que justifica la publicación de un libro, esto es, su contribución al conocimiento. Es el caso de la obra reseñada, *José Napoleón I en el sur de España. Un viaje regio por Andalucía (enero-mayo 1810)*.

La incuestionable trascendencia de la figura de José I, rey de España durante la contienda bélica, preveía, como no podía ser de otra forma, nuevas investigaciones que trataran de arrojar luz sobre determinadas cuestiones inconclusas, o en el mejor de los casos, carentes de precisión. Transcurrida una década desde que Abella (*La vida y la época de José Bonaparte*, Barcelona, 1999) y Cambronero (*José I Bonaparte. El Rey Intruso*, Madrid, 1997) publicaran sus obras, el bicentenario ha puesto nuevamente en primer plano al primogénito de los Bonaparte. Los libros publicados han sido dos, el de Moreno Alonso, titulado *José Bonaparte. Un rey republicano en el trono de España* (Madrid, 2008) y el de Díaz Torrejón, *José Napoleón I en el sur de España* (Córdoba, 2008), ambos grandes conocedores de la época napoleónica y de la Guerra de la Independencia. Y pese a que ambas obras tienen como punto de partida el estudio del reinado de José I, su lectura no resulta en modo alguno repetitiva, más bien complementaria, ya que la de Moreno Alonso es una biografía, la primera, dicho sea de paso, mientras que la obra reseñada se ciñe específicamente al periplo andaluz que el rey José llevó a cabo desde enero a mayo de 1810.

Ambas perspectivas de trabajo resultan por tanto novedosas y únicas hasta el momento, destacando entre las cualidades más sobresalientes de la obra de Díaz Torrejón el escrupuloso seguimiento con el que analiza la estancia del rey por las latitudes más meridionales de la España peninsular. Por descontado, dicho viaje, sin duda el que mayor felicidad generó al rey, no ha sido nunca excluido por la historiografía tradicional. Contrariamente, todos

los investigadores que han estudiado el reinado de José I han hecho especial hincapié en este episodio, entre ellos, Mercader Riba (*José Bonaparte. Rey de España, 1808-1813. Historia externa del reinado*, Madrid, 1971), Claude Martin (*José Napoleón I. "Rey intruso" de España*, Madrid, 1969), Bernard Nabonne (*Joseph Bonaparte. Le Roi Philosophe*, Paris, 1949), Michael Ross (*The Reluctant King. Joseph Bonaparte. King of the Two Sicilies and Spain*, London, 1976), o los ya citados Abella (Barcelona, 1999) y Cambronero (Madrid, 1997), entre otros. Sin embargo, Díaz Torrejón es el primero que dedica la totalidad de su obra, casi cuatrocientas páginas, a este periplo, relativamente breve en términos cronológicos, pero sin duda uno de los más significativos de la espinosa estancia del rey en tierras españolas; ambicioso proyecto que ha supuesto la consulta de veintitrés archivos municipales y nueve parroquiales, además de los archivos centrales de Madrid, así como decenas de obras historiográficas clásicas pero también recientes; riqueza documental en definitiva que además de constituir una de las mayores proezas del libro, se perfila como garantía de rigurosidad y fidelidad histórica.

Por otra parte, la dilatada trayectoria investigadora del autor, consagrada en buena medida al estudio de la Guerra de la Independencia, temática a la que ha dedicado los últimos veinticinco años, hace de Díaz Torrejón uno de los mayores especialistas de la época. Su producción historiográfica acredita lo anunciado, destacando entre sus publicaciones más recientes, *Osuna napoleónica. 1810-1812* (Sevilla, 2001), *Guerrilla, contraguerrilla y delincuencia en la Andalucía napoleónica, 1810-1812* (Lucena, 2004) o *Cartas josefinas: epistolario de José Bonaparte al Conde de Cabarrús, 1808-1810* (Sevilla, 2003), indudablemente, la que mayor vínculo temático guarda con la obra reseñada.

El autor, tomando quizá como fuente de inspiración los relatos costumbristas que a partir de la segunda década del siglo XIX fueron escritos por viajeros extranjeros interesados en las particularidades de la península, consigue integrar rápidamente al lector en la expedición del rey José, en gran medida gracias a la presentación fácil, integradora y atractiva del relato. Distintivos que el lector valora positivamente, de igual forma como las abundantes descripciones de los lugares por los que transita el monarca, símbolo por otra parte del andalucismo que impregna la obra.

Citado a modo de introducción el gélido recibimiento del de fue objeto el rey José a su llegada a Madrid y las inmediatas adversidades a las que hubo de enfrentarse, entre ellas la derrota militar de Bailén, su repentina salida hacia Vitoria, el aislamiento y subordinación al que su hermano Napoleón lo sometió, así como la iracunda campaña de desprestigio planificada por los sectores propagandísticos patrióticos, el autor pone de inmediato su mirada sobre la conquista de Andalucía, dejando de lado todas las humillaciones a las que José I hubo de hacer frente para relatar a continuación con extrema minuciosidad las grandiosas posibilidades que supuso la que sin duda fue la época más favorable y deslumbrante del monarca. Y es que sólo entonces José I Bonaparte se sintió verdaderamente rey de España, si bien por poco tiempo.

Despejadas las dificultades iniciales, el viaje empezó finalmente a principios de 1810. Fue entonces cuando el rey, destinatario hasta el momento de las mayores ofensas y desprecios, empezó a degustar las mieles del reconocimiento de los andaluces, antiguos enemigos del monarca y ahora, paradójicamente, defensores fervorosos de la nueva dinastía. Las innumerables muestras de agasajo con las que José era homenajeado por doquier parecían confirmar el cambio de actitud de los súbditos, al menos en apariencia. La política propagandística diseñada por los órganos josefinos, centrada en mostrar al monarca como un rey benévolo, espléndido, próximo, sensible, etc. parecía ser uno de los motivos que había contribuido a modificar positivamente la actitud de los andaluces. Sin embargo, Díaz Torrejón introduce nuevas perspectivas de análisis en este sentido, demostrando que muchas de las muestras de adhesión del gentío, aunque reales, no pueden ser contempladas como manifestaciones de apoyo sinceras; sin duda, una de las aportaciones más reveladoras del libro. De ahí que inicialmente, recalca el autor, José I no fuera acogido de forma entusiasta por el pueblo. Contrariamente, la recepción ofrecida por los vecinos de Bailén fue tan apática como la que le dispensaron los madrileños a su llegada desde Bayona. Y es que pese a los esfuerzos del rey José en infundir tranquilidad y confianza, sus malos presagios no tardaron en confirmarse.

La posibilidad de que actos de desafección de esta índole se generalizaran entre la muchedumbre inquietó al gabinete de confianza del rey y al propio José. La maltrecha imagen del monarca difícilmente podría resistir envites de este calibre. Resultaba imprescindible implantar una política de contención que neutralizara cualquier tipo de manifestación que deteriorase la figura del rey. Pero, ¿cómo logró el séquito de José virar la actitud del desafiante pueblo? Díaz Torrejón explica esta aparente contradicción señalando que la mayoría de los recibimientos con los que los andaluces agasajaban al soberano habían sido previamente organizados por los agentes afrancesados. El procedimiento era sencillo. La comitiva regia solía visitar los pueblos por los que el monarca iba a transitar con unos días de antelación para tener a punto los preparativos que la presencia del rey requería. Espontaneidad aparte, los homenajes y demás muestras de obediencia y alegría habían sido concienzudamente organizadas por los Ayuntamientos –caso de Córdoba-, sin cuyas ordenanzas la respuesta del pueblo habría sido, indiscutiblemente, menos afectuosa. El propio rey llegó a cuestionar en algunas ocasiones la sinceridad de las expresiones de fidelidad de las autoridades locales, no obstante, sus sospechas desaparecieron, erróneamente a tenor de lo indicado por el autor, al comprobar la agitación del populacho. Homenajes pues que merecen ser matizados, ya que no fueron pocas las ocasiones en las que el entusiasmo popular mostrado fue resultado de las coacciones y amenazas del séquito del monarca. Dicho lo cual, esto tampoco significa que la totalidad de las manifestaciones a favor del rey fueran fingidas. Lo trascendental del asunto es tener en cuenta que la actitud del pueblo respondió a diversas variables amén de la imposición, entre ellas, el miedo, pero también el odio al invasor o, aunque en menor medida, la adhesión sincera que determinados sectores sociales pudiesen sentir hacia la nueva dinastía. En todo caso, Díaz Torrejón peca de cierta imprecisión, ya que pese a cuestionar incesantemente la franqueza de las manifestaciones de los andaluces, no asevera

contundentemente que tales expresiones fueran resultado del pragmatismo más que de motivaciones estrictamente ideológicas.

Como no podía ser de otra forma en un libro que tiene por objeto el seguimiento del periplo del rey José por tierras andaluzas, el autor dedica gran atención a la política de acercamiento desplegada por el rey. Consciente José I de que su éxito en España dependía en buena medida de su imagen, el rey hizo cuanto pudo para erigirse ante sus incrédulos súbditos como paradigma de hombre virtuoso. Y ya que además de serlo, lo más importante era parecerlo, y sobre todo demostrarlo, el rey dejó de lado la calma de su despacho y salió a la calle para contactar directamente con el vulgo sin que ello supusiese en ningún caso que hiciese dejación de sus obligaciones burocráticas. Entre los actos sociales a los que José I solía acudir, su presencia en las corridas de toros, en los espectáculos teatrales, en los bailes o en las ceremonias litúrgicas fue bastante frecuente. El deseo de sintonizar con el pueblo fue tal que el monarca, con el afán de incrementar el número de adeptos, no tuvo inconveniente alguno en hacer derogar la Pragmática Sanción emitida por Carlos IV en 1805 que suprimía el festejo taurino, pese a sentir verdadera aversión por tal tradición. La rentabilidad política de las apariciones en público del rey no resultaba baladí, todo lo contrario, de ahí que gran parte de su tiempo lo dedicase a estos menesteres.

Pero no satisfecho el rey con los resultados obtenidos, perseveró en su deseo de simpatizar con sus súbditos mediante múltiples tretas. Así pues, autoproclamado el más ferviente católico de los reyes de todos los tiempos, concedió la Orden Real de España a aquellos personajes influyentes que con independencia de su grado de afrancesamiento pudieran captar nuevos adeptos. No obstante, si por algo destacó José I fue por universalizar la imagen de rey magnánimo y condescendiente. Las prácticas benéficas llevadas a cabo (indultos fiscales, reparto de dinero etc.) fueron tales que algunos autores, entre ellos Díaz Torrejón, lo tildaron de populista.

Lo cierto es que aunque los resultados de la primera parte del viaje fueron, imprevistos aparte, bastante satisfactorios y esperanzadores, la desafección popular contra el rey empezó a crecer. En términos generales, el periplo por Andalucía resultó un éxito político incontestable, sin embargo, el deseo de Napoleón de anexionar las provincias del norte del Ebro al Imperio condicionó el viaje y dañó irremediabilmente la credibilidad del rey. Nada fue igual a partir de entonces. La segunda estancia del rey en Sevilla atestiguó el desengaño y la desconfianza de muchos de los súbditos. Pero el motivo de tal metamorfosis no respondió únicamente a las pretensiones anexionistas de Napoleón. La resistencia de Cádiz, baluarte liberal cuyo aislamiento natural hizo infranqueable al ejército, la creciente ofensiva hispano-británica, pero sobre todo la violencia, los saqueos, los asesinatos etc. que la presencia de la tropa gala generaba a su paso acabó por desengañar a aquellos sectores sociales que habían quedado embelesados inicialmente ante la política de buenos propósitos que parecía encarnar el régimen bonapartista. Ante tales adversidades, José I, sumamente fatigado y afligido, decidió abandonar finalmente Sevilla dirección a Madrid, donde le aguardaban nuevos desafíos. La estancia de José I Bonaparte por tierras andaluzas había finiquitado. Pese

al inicial optimismo, todo había sido un espejismo, una efímera tregua truncada por la realidad de unos tiempos adversos que poco o nada favorecieron la pretensión sincera de José I de convertirse en el rey de todos los españoles.